

en las Termópilas. Las generaciones de pensamientos que produce al cabo un hecho revolucionario se pierde allá en los albores del alma humana y de la conciencia en alma. Filósofos griegos, juriconsultos romanos, primeras Iglesias cristianas, concilios ecuménicos, Obispos constituidos en defensores de los pueblos ante las irrupciones bárbaras, individualismo germano, teocracia del tiempo de Gregorio VII, surrección de los municipios, Orden de franciscanos, cánticos de los trovadores, luchas de los reyes con el principio feudal y el principio teocrático, Cisma de Occidente y asambleas eclesiásticas, ciudades mercantiles, constitución de los Estados modernos, movimientos religiosos que se dilatan desde San Antonio de Padua hasta Jerónimo de Savonarola, husitas, protestantes en general, en particular calvinistas, puritanos, kuákeros, cartesios enciclopedistas; he ahí cuantas raíces y ramas han sido necesarias para producir el fruto de la revolución.



CAPÍTULO DUODÉCIMO

Comienzos de perdición.



UANTO más estudiamos la revolución francesa, menos podemos apartarnos de nuestra convicción, de que fué como un Océano, en cuyas profundidades á una desaguaron todas las ideas componentes del espíritu moderno. Hemos visto con cuál intensidad las supersticiones masónicas cooperaron á nutirla y robustecerla. Hemos visto de qué suerte los filósofos la impidieron y le prestaron al rayo luminoso de sus ideas un calor vital imponderable. No cabe dudar que todos los hechos capitales del siglo pasado y todos sus descubrimientos y todos sus sistemas con lógica patente se combinan y enlazan para formar esta grandiosa revolución. Imprenta, Renacimiento venido del muerto Imperio griego, encuentro del mundo americano; resurrección de las artes, revoluciones religiosas, filosofía del siglo décimo séptimo con Descartes y Leibnitz, invención del fluido eléctrico y de su virtud con Galvani, pila de Volta, contrato social de Rousseau, ironía de Voltaire, concepciones de los fisiócratas, ideas económicas llevadas al sentido común por Franklin, el Jansenismo semi-calvinista contra el libre albedrío y semi-galicano contra los jesuitas, contribuyeron á esta obra capitalísima, de la cual surgió, como de los senos del Cristianismo, un espíritu nuevo, y con el espíritu nuevo, también otra nueva sociedad. Pues no contribuyeron menos que los anteriormente mencionados, no contribuyeron menos aquellos residuos de calvinistas y de luteranos que habían quedado en Francia fomentando la revolución y sosteniendo á los revolucionarios, no con el espíritu filosófico escanciado en la razón pura como lo hacían los

enciclopedistas, con cierto espíritu cristiano y cierta disciplina religiosa, cuya virtud no podía sino ser muy potente de suyo sobre la voluntad y sobre la inteligencia del pueblo. Desconocería es absoluto la sociedad francesa quien desconociese aquellos salones protestantes; donde reunía con el cebo de la riqueza Nécker tantas gentes, y su hija, la célebre madame Sthaël, escritora muy leída y admirada, deslumbraba estas gentes con los destellos vivísimos de su luminosa inteligencia. La imposibilidad completa de que diesen tratos favorables á la Iglesia y á la monarquía, el método y el procedimiento de las persecuciones religiosas empleado por Luis XIV y pedido por una parte del clero á la sazón que historiamos, se demostraba con sólo atender á la constitución geográfica de Francia, muy buena para sostenerla en relación estrecha con todos cuantos condensadores y con todas cuantas condensaciones de ideas progresivas había por aquella sazón en el mundo. Baste pensar, en demostación de mi tesis, que si por Sudeste Francia confinaba con la Italia católica, también por el Nordeste, si no confinaba con Prusia y con Holanda, Estados protestantes, se acercaba mucho á ellos, teniendo además en el Jura y en el Rhin los cantones de Suiza por vecinos, y cerca de Lyon, Ginebra; mientras si por Occidente, nuestra España, más católica todavía que Italia, por el Norte Inglaterra y los ingleses, á quienes no les impedía el mar extenderse hasta Francia, su mediadora mejor y más fácil con el Continente. Los ejemplos del régimen parlamentario, los ecos de la tribuna política, el estado de libertad relativa transmitido por el curso de los siglos pasados, el recuerdo de las revoluciones lejanas, y, sobre todo, una política de observación y experiencia, la cual, profundizando en las entrañas del Universo y escudriñándolas, destruían el misterio en que iba envuelto el espíritu antiguo, y sugería una especie de pensar y de sentir, con cuyos afectos cada día se iba compadeciendo y armonizando menos el antiguo régimen, fundado en la transmisión secular de los dogmas teológicos y en la sumisión á un poder sobrehumano de los espíritus paralizados y atáxicos por la falta completa del ejercicio de sus facultades y por la inmovilidad sobre un solo principio. Veamos al representante primero de protestantismo entonces.

Nécker, el otro gran ministro de este tiempo, no tenía la grande altura de Turgot, aunque acaso tenía más práctica de los negocios y más conocimiento de las minuciosidades administrativas. Cuando Turgot se hallaba en el punto grave de sus crisis políticas y en el momento apurado de sus trances, apareció un libro de Nécker, donde, con pertenecer á la Iglesia liberal, combatía en rudo combate la secta economista. No debemos ocultar el mal y la debilidad de las escuelas en que nos hallemos inscritos por convicción ó por compromiso. La verdad es que dentro de la escuela progresista existen grandes variedades de ideas por cuanto hay riquísima variedad de vida. En las religiones cerradas, en las ortodoxias intolerantes, en las iglesias exclusivas, la idea no tiene variedad alguna, porque la superior autoridad, al imponer una sola creencia, excluye las contradicciones, pero con

las contradicciones también excluye el pensamiento. La escuela liberal es como esos bosques tropicales donde el exceso de calor engendra el exceso de vida y al exceso de vida muchedumbres de séres, y la muchedumbre de séres multitud de combates y de guerras. Por esta condición, admirable en tiempos de propanga y de apostolado, porque si las herejías matan á las ciencias teológicas, avivan á las ciencias filosóficas, dañan en tiempos de gobierno precisamente necesitados de esa unidad de acción derivada de la unidad de pensamiento. Sobre todo, cuando la escuela liberal llega de súbito al poder en pueblos habituados á una gran servidumbre, pueblos de temperamento poco idóneo á la libertad, de inteligencia poco abierta á la reforma, de carácter poco propio al gobierno de sí mismos, fraccionados en clases poderosas, las cuales se levantan formidables sobre antiguas fortalezas parapetadas tras una larga tradición y sostenidas por el espíritu de los pasados siglos; la necesidad de unión entre sus sectas, se impone á toda costa, sino quiere perderse sin remedio en las emboscadas que por do quier le impone una monarquía pegadísima de su origen divino, una Iglesia intolerante, una legión de privilegiados poderosa, y hasta la ignorancia y la superstición de las mismas muchedumbres, en cuyo pecho mueren muy tarde las antiguas creencias y corren á refugiarse como y su último asilo todos los viejos penates de la tradición y de la Historia. Unión, unión de fuerzas y de ideas se necesita vivamente para combatir á los poderes antiguos y realizar los nuevos derechos; unión que la escuela liberal no podía conseguir entre sus diversas sectas y partidos, exponiéndose á que vencidos uno á uno, desapareciera luego con todos ellos juntos la libertad. ¿Por qué Nécker combatió á Turgot? ¿Por qué ahora Turgot combate á Nécker? El día que ambos caigan, sólo quedará de pié el implacable enemigo de ambos, la triste reacción representada y sostenida por la corte.

Y quien más culpado aparece ante la Historia de fomentar esta reacción es el Rey, alabado por su bondad y por su espíritu transigente ó conciliador, el cuitado Luis XVI. Quería éste la reforma económica; pero no quería las operaciones quirúrgicas que trae aparejadas su aplicación, y mucho menos los males consiguientes á cercenes de miembros podridos, podas de ramas inútiles, extirpaciones de gangrenosos cánceres. La casa de Luis XVI era un infierno. Cada príncipe y cada princesa componía su correspondiente partido; cada partido tiraba por su lado, perturbando y subvirtiendo la sociedad entera, pero sin que ninguno tuviese otro norte sino sus intereses; ni otro fin, sino guardar con sus intrigas los mismos privilegios que destruía con sus ideas. En todo discordaban aquellos tristes factores de la multiplicación llamada dinastía, menos en caer á una sobre su jefe y conjurarlo á que conjurara las reformas. Cuando el Rey no escuchaba el clamoreo de sus parientes, no asentía por milagro á lo pedido, ellos mismos armaban en su sórdida codicia y en su incurable ceguera, motines, en los cuales aprendían poco á poco los pueblos el arte de sublebarse. No tuvieron mejor escuela para sus insurrecciones los ple-

beyos que la indisciplina de los grandes. Si estuvieran en uso las imágenes mitológicas, tan olvidadas hoy, deberíamos decir que fué una caja de Pandora en la revolución para el antiguo régimen, su Palacio Real. Querían los príncipes á Nécker, porque lo imaginaban único capaz de emprender doblones para su regalo; mas lo aborrecían cuando industrializaba cualquier medio de pagarlos. Habiendo visto el estadista de comisionado mercantil arribado á París sin un cuarto, y luego de banquero empingorotadísimo, pedíanle que hiciera para el Estado lo que supo hacer para sí, desconociendo cómo cuanto empingorota y enriquece á un particular, arruina y deshonor, por regla general á un pueblo. Las mayores fortunas se logran en el período de los angustiosos apuros públicos, al modo que la ruina de los particulares engorda la maldita casta de los usureros. Dos cosas van unidas al nombre de Nécker, el esbozo de asambleas provinciales utilísimas y la publicación de una Memoria que por vez primera patentizaba en un pueblo de régimen absoluto los males del Tesoro y los despilfarros de las contribuciones é ingresos. Aunque la Historia no ha confirmado el concepto, que tenía de sí mismo Nécker; aunque ufano á una idea no confirmada por la posteridad, á la idea de ser en su tiempo el primero entre los estadistas, sin que la crítica le haya conservado el pedestal donde le colocaron sus cortesanos y parásitos, no puede negarse que la publicación del estado de las rentas, hecho por él, que su Memoria impresa sobre Hacienda, siquier fuese de un modo subrepticio, á hurtadillas, aparece como una iniciación de progreso tan extraordinaria, que no puede medirse, acostumbrados como nos vemos á leer documentos análogos todos los años en nuestras Asambleas legislativas, dando razón y cuenta de los respectivos Presupuestos. Pero el mal de Nécker, lo que disminuye su nombre ante la posteridad, lo que malogró su influjo en aquella sazón, lo que hizo de su ministerio un fracaso, fué la diferencia en él entre su conocimiento del mal y su energía en combatirlo y extirparlo. No se ocultó á sus ojos ningún repliegue de los abusos que despedían el miasma revolucionario y apestaban los aires; pero, llegada la hora de acabar con ellos, su corto y desmadejadísimo brazo no estaba en proporción y acuerdo con su larga y firme vista.

Nécke era de una oscura familia ginebrina. Esta Ginebra es una ciudad que recibe de Francia sangre y le da á Francia sangre, como hace el corazón en el cuerpo humano. Los refugiados franceses, con el inmortal Calvino á la cabeza recogieron las tendencias de los hugonotes con las tendencias de los evangelistas, y fundaron allí, como en su santuario, un nuevo cristianismo, una nueva reforma, quien, desviándose un tanto del alma mística de San Francisco y del alma republicana de Savonarola y del alma tierna de Zwinglio, debía constituir fnertemente la gran religión de la democracia, destinada para lo porvenir á educar en sus severos dogmas hasta los pueblos sajones del nuevo continente. Pues los protestantes de Francia dieron á Ginebra su Calvino, los republicanos de Ginebra dieron á la revolución un profeta, Rousseau; y, además, Necker, su gran hacendista. Indudablemente ha-

biase elevado éste desde un humilde origen hasta copiosas riquezas á fuerza de perseverancia, de honradez y de trabajo, virtudes que le inspiraban una extrema vanidad. Calvinista de religión y calvinista convencido, su alma tenía cierta natural austeridad en consonancia con su fe. Pero si las creencias religiosas de su patria llegaron á su espíritu, no llegaron las creencias políticas. Nécker no perteneció á la República, perteneció más bien al régimen y al partido constitucional. Un jefe de Estado hereditario, una aristocracia poderosa interpuesta entre el Monarca y el pueblo, una Cámara elegida por amplio cuerpo electoral y encargada de los asuntos rentísticos, unos municipios autónomos en cuanto lo consintiera su capacidad política y administrativa; unas provincias muy descentralizadas, un orden muy riguroso en las rentas unido al viejo sistema proteccionista; todos estos cánones capitalísimos constituían el credo de su ciencia y el alma de su política. La propiedad no tenía en su sistema esa consagración absoluta que tiene en el sistema economista; ni para él se derivaba del derecho natural, sino de puras convenciones sociales y de puro derecho civil necesitado de esta fundamental institución. Los abusos del régimen monárquico, los privilegios de las castas aristocráticas, las gabelas que llevaba consigo el absolutismo le repugnaban, no tanto por lo que tenían de atentatorias á los derechos de la humanidad, como por lo que tenían de perturbadoras para la percepción de los impuestos. Con una seguridad extraordinaria de sus fuerzas, la cual rayaba muchas veces en petulancia, cuando no en desvarío, creíase llamado á enriquecer su nación como había enriquecido á su casa. En verdad, su crédito era inmenso. Ginebra solamente le prestó cien millones como prenda de la confianza que le inspiraba el ciudadano de su modesta república elevado á ministro de la monarquía. Franco hasta la temeridad, un día publicó, ya lo hemos dicho, el informe sobre la situación de la Hacienda. Aquella terrible revelación asustó á todo el mundo y mostró cuán podrida estaba hasta en sus tuétanos la vieja monarquía. Supiéronse los despilfarros del palacio real. Contáronse con los dedos, en las cabañas, los millones que costaban las antiguas instituciones. Vióse que la corona era una sima donde iba á parar todo el dinero allegado en trabajos hercúleos por las encorvadas y oprimidas muchedumbres. Las pensiones de los cortesanos todavía escandalizaron más que los presupuestos de los Reyes. Aquel número de rentas privadas tomadas de las públicas rentas tenía el aspecto de un cáncer incurable. Aquellos arrendatarios de las contribuciones se parecían á los exactores y á los alcabaleros y á los publicanos antiguos. El despotismo necesitaba oro, mucho oro. La nación no podía soportarlo por más tiempo. Y cuando esta creencia se universalizaba, Nécker consigue que se reúnan las asambleas de las provincias, nuncios seguros de las asambleas de la nación, los Estados provinciales, preliminares necesarios de los Estados generales. Desde las alturas del poder caía una palabra completamente inglesa, pero una palabra que era como la sentencia definitiva de la antigua monarquía, la palabra opinión. Cuando todos aquellos ciudadanos oprimidos se encon-